



Steal del.

Sup. de Chardin alias. Paris.

Cirardet sc.

## MADAMA DE SÉVIGNÉ (1)

Madama de Sévigné, como La Fontaine y Montaigne, es uno de esos asuntos que perpetuamente están á la orden del día en Francia. No solamente es un clásico, sino una conocida, y mejor que eso aun, una vecina y una amiga. Todos los que trabajan en hacer que su lectura nos sea, no más grata, sino más fácil y llana, más clara hasta en los menores detalles, están seguros de interesarnos. M. Monmerque nos prestó un servicio de este género, hará cosa de treinta años, dando á luz su excelente edicion. M. Walckenaer, con la rica y copiosa biografía que está publicando, y que el cuarto tomo, dado á la estampa hace poco, no ha agotado todovía, viene á colmar la medida. Sobre madama de Sévigné y su gente, sobre sus amigos y conocidos, y los amigos de sus amigos, se sabrá en adelante todo, y más que todo, gracias á las infatigables investigaciones de su curioso biógrafo.

M. Walckenaer es uno de los sabios más laboriosos y variados de este tiempo, un sabio casi universal. Si interrogáis á los naturalistas, os dirán que ha fundado un ramo de la historia natural; que se ha dado á conocer por un trabajo enteramente nuevo sobre los *Araneidos* ó arañas; que ha dicho sobre eso la primera y última palabra, y que

(1) *Memorias referentes á su vida y sus escritos*, por el señor baron Walckenaer.



sus escritos en este género son clásicos : es el Latreille de las arañas. También se ha ocupado de las abejas. Su *Geografía antigua de las Galias* le coloca en rango eminente entre los geógrafos originales, á continuacion de Anville. Y al traves de todo eso, le encontramos prendado de La Fontaine, siguiéndole en sus ensueños dia por dia, contándonoslo minuciosamente, como hubiera podido hacerlo Pellison, célebre también por su araña; ocupándose luego de Horacio y dando dos gruesos volúmenes, algo gruesos ciertamente, pero llenos de cosas sobre el delicioso poeta; volviendo de allí á La Bruyère, cuya edicion mejor y más completa ha publicado, y dedicándose por fin á madama de Sévigné, como si no se hubiera separado de ella un instante y en toda su vida no hubiera tenido que hacer otra cosa.

Ya conocéis al bueno de Hacqueville, al amigo, al solícito confidente de madama de Sévigné y toda su gente, al que no perdona medio ni sacrificio por verlo todo y saberlo todo, al que conoce los resortes secretos de cada uno y no por eso es ménos afable é indulgente; al que es incapaz de desatender á ningun amigo ausente ó presente, y se multiplica con su pluma y su persona para suplir á todo. En vano intentaba á veces madama de Sévigné moderarle en su celo de buenos oficios y de correspondencia : « Bien podéis juzgar, escribia á su hija, que ya que no le agrada el régimen que le habia prescrito, aflojo la brida á todas sus bondades y le dejo la libertad de su escritorio. Figuraos que escribe con esa misma furia á cuantos están fuera de París y que ve todos los dias á cuantos quedan : son *los d'Hacqueville...* » Este es el sobrenombre que le da, y continúa hablando de él como si fueran *varios*. Ahora bien, supóngase que despues de transcurridos cerca de dos siglos hubiese vuelto al mundo d'Hacqueville, y se pusiera á recordar aquel tiempo, á hablarnos de madama de Sévigné y de sus amigos, á querer decirnos todo y no olvidar nada; imagínese la relacion íntima, abundante, interminable, que eso haria, relacion duplicada y reduplicada con rodeos infinitos y toda clase de paréntesis; — ó mejor aun, imagínese un paseo que hiciéramos por Saint-Germain ó Versalles en medio de la Corte de Luis XIV. llevando á

d'Hacqueville de maestro de ceremonias y de guía : da el brazo á madama de Sévigné, pero se detiene á cada paso, con cada persona que encuentra, pues conoce todas las máscaras, se llega á ellas una tras otra, las interroga á fin de informarnos mejor; vuelve siempre á madama de Sévigné, y que ella le dijese : « Pero, *los d'Hacqueville*, á ese paso nunca acabaremos. » Es enteramente la idea que se puede formar del libro de M. Walckenaer, lleno de interes y extension, pues se parece al paseo en ziczac de que hablábamos; es un libro que madama de Sévigné agradecería mucho, pero que la impacientaria un poco; diria de su d'Hacqueville biógrafo, lo que decia del otro cuando le veía prodigarse por personas de fuera : « Es, en verdad, *un poco extenso* en sus atenciones. » Pero sobrenadaria el reconocimiento, y con mayor razon debe sobrenadar entre nosotros que no somos madama de Sévigné y á quienes este hombre hábil, enterado como pocos, inicia en tantas cosas que, á no ser por él, jamas habríamos tenido la dicha de saber. Añádase el aroma de antigua hidalguía que circula al través de esas páginas y halla medio de mezclarse hasta en medio de la crónica escandalosa á que con frecuencia son consagradas; una profunda é ingenua aficion á las Letras y á todo lo que llevan consigo de delicado, una benevolencia perfecta, que se dedica de lleno á su asunto con ternura y consigue, despues de un poco de resistencia, hacérselo amar y abrazar hasta en sus repliegues; todas estas cualidades y méritos, aparte pequeños lunares que el gusto nos obligaba á percibir, hacen, en sentir nuestro, de M. Walckenaer el más amplio, instructivo y, si puedo decirlo, servicial de los biógrafos.

¿Cómo se destaca de este estudio la figura de madama de Sévigné? Sale de él tal cual á primera vista se nos habia ofrecido y más que nunca parecida á sí misma. Se confirma uno, despues de haber estudiado y reflexionado, en la idea que la primera y franca impresion nos habia dejado de ella. En efecto, esta opulenta, robusta, sana y floreciente naturaleza, cuya jovialidad está más en el semblante que en su fondo, que es grave, jamas habia tenido pasion propiamente dicha. Huérfana desde la niñez, no sintió la ternura filial; jamas habla de su



madre, y hasta sucede que una ó dos veces se chancea con el recuerdo de su padre, á quien no habia conocido. El amor conyugal, que ensayó lealmente, le fué presto amargo y apénas tuvo tiempo para entregarse á él. Viuda, jóven y bella, de humor franco y atrevido, en este papel de deslumbradora Célimène, ¿tuvo en secreto algun flaco que supo ocultar? ¿Traspasó su corazon alguna chispa? ¿Se halló alguna vez en peligro de tener un momento de olvido con su primo Bussy, segun M. Walckenaer, como Argos atento, parece se inclina á creer? Con estas graciosas chanceras, nunca sabe uno á qué atenerse, y á menudo quedaria chasqueado quien tomase por lo serio ciertas palabras que, dichas por otras, significarian mucho. El hecho es que resistió á Bussy, su más peligroso escollo, y que si le hizo alguna acogida, no le amó con pasion. Esta pasion en nadie la fijó hasta el dia en que todos estos tesoros acumulados de ternura los dedicó definitivamente á su hija. Un poeta elegiaco lo ha hecho notar : un amor tardío es con frecuencia más violento; paga de una vez toda la deuda de los sentimientos con los intereses :

*Sæpe venit magno fanore tardus amor.*

Esto sucedió con madama de Sévigné. Su hija heredó todos los ahorros de este corazon tan rico y tan sensible, que habia dicho hasta este dia : *Espero*. Esa es la verdadera respuesta para esas personas de talento, pero maliciosas, que hasta en el afecto de madama de Sévigné hácia su hija han querido ver una afectacion y una actitud. Madama de Grignan fué la grande, la única pasion de su madre, y esta ternura maternal adquirió en efecto todos los caracteres de la pasion, el entusiasmo, la prevencion, un ligero ridiculo (si tal palabra puede ser aplicada á tales personas), una ingenuidad indiscreta y una plenitud que hacen sonreir. No nos quejemos de ello, pues toda la correspondencia de madama de Sévigné está como iluminada por esta

pasion que viene á aumentar con su claridad todos los resplandores tan variados ya de su imaginacion y de su humor.

Y acerca de este último punto, es decir el temperamento y el humor, conozcamos bien á madama de Sévigné. Cuando se habla de ella, hay que hablar de la gracia misma, no de una gracia dulce y muelle, entendámonos, sino de una gracia viva, abundante, llena de sentido y de sal, y que no repara en pequeñeces. Tiene una vena de Molière, y hay en ella algo de la *Dorina*, pero una *Dorina* del bello mundo y de la mejor compañía; fuera de eso, el mismo númen. Algunas palabras de Tallemant caracterizan bien á esta encantadora y poderosa naturaleza de mujer, tal cual se manifestaba muy jóven en la abundancia de la vida : despues de haber dicho que la tiene por una de las mujeres más amables y honestas de Paris, « canta, añade, baila, tiene la imaginacion muy viva y agradable; es brusca y no puede prescindir de decir lo que cree bonito, aunque con bastante frecuencia sean cosas algo atrevidillas... » Hé ahí la palabra que no se debe perder de vista tratándose de ella, si bien velándola luego con toda la urbanidad y todas las delicadezas que se quieran. Habia alegría en ella, y realizaba en su persona el dicho de Ninon : « La alegría del espíritu es la medida de su fuerza. » Era de esa raza de ingenios á que pertenecian Molière, la misma Ninon, madama Cornuel un poco, y La Fontaine, de una generacion algo anterior á Racine y á Boileau, y más vivaz y vigorosamente nutrida. « Parece que habéis nacido para los placeres, le decia madama de La Fayette, y como que tambien ellos han sido hechos para vos. Vuestra presencia aumenta las diversiones y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando os rodean. En fin, la alegría es el estado verdadero de vuestra alma y la tristeza os es más contrária que á persona alguna. » Ella misma decia, acordándose de un antiguo amigo : « He visto aqui á M. de Larrei, hijo de nuestro pobre amigo Lanet, con quien tanto hemos reido; pues jamas hubo juventud más risueña que la nuestra de todas maneras. » Su belleza un tanto irregular, pero real, llegaba á ser radiante en los momentos en que se animaba; su fisonomía se iluminaba



con su espíritu, y se ha podido decir, al pié de la letra, que ese espíritu hasta llegaba á ofuscar la vista. Uno de sus amigos (el abate Arnauld), que tenía tan poca imaginación como es posible, la encontró para pintarla cuando nos dijo: «Creo que la estoy viendo todavía tal cual me pareció la primera vez que tuve el honor de verla sentada en el fondo de su carroza enteramente descubierta, en medio de su señor hijo y de la señorita su hija; los tres, tales como los poetas representan á Latona en medio del jóven Apolo y de la jóven Diana, ¡tanta era la gracia que resplandecía en la madre y en los hijos!» Ahí está bien al natural en su cuadro y en su expansión: una belleza, un entendimiento y una gracia al descubierto, reluciendo en medio del sol. Bueno es sin embargo que se haga notar un matiz: su alegría tan verdadera no por eso era continua ni intempestiva, y sin que se extinguiera jamás, sin duda se moderó con los años. Hablando de un viaje que hacía en 1672 y en que se lamentaba de que no fuera en su compañía su amable primo de Coulanges: «Para tener alegría, escribía, es menester estar con personas gozosas. Vos sabéis que soy como se quiere, pero que no invento nada.» Eso quiere decir que ese festivo ingenio tenía todos los tonos y sabía adaptarse á todas las personas. Lo cierto es que, aun en medio de las tristezas y sinsabores, conservaba el más bello humor de mujer y la imaginación más jovial que pudiera verse. Tenía un giro peculiar, el don de las imágenes más familiares y súbitas, y con ellas engalanaba de improviso su pensamiento como ninguna otra habría sabido hacerlo. Hasta cuando este pensamiento es serio y en el fondo está la sensibilidad, usa de esas palabras que la denuncian y causan el efecto de una jocosidad.

Nunca pudo su espíritu privarse de esa vivacidad de destellos y de esa alegría de colores. Es todo lo contrario de sus buenos amigos los jansenistas que tienen el estilo *triste*.

Madama de Sévigné, madama de La Fayette y madama de Maintenon son las más distinguidas entre las mujeres del siglo XVII que han escrito. Las dos últimas supieron conciliar con sumo tino la

exactitud y el aticismo; pero la primera nos ofrece sola esa imaginación continua, esa inventiva minuciosa que anima todo lo que toca y de la cual se goza igualmente en La Fontaine y en Montaigne. Es esa vena de imaginación perpétua en el pormenor de la expresión más bien que en el conjunto, que tanto embelesa sobre todo en Francia.



